

# MI AMIGO DE SIEMPRE

POR JAVIER R. DE SEPÚLVEDA

*Yo soy tristeza,  
Va pasándose el tiempo de mi vida  
y nada queda en mí que pese tanto  
como esta oscura carga de tristeza.  
Yo soy tristeza, amigos.  
Por vosotros,  
por mí,  
por todo cuanto existe con mi tiempo.  
Un tiempo que se acaba  
y después nada deja.  
Ni tristeza.*

J. P. ORTEGA

1

Lo conocí cuando éramos juego y sonrisas y vacío. Todo nos parecía bien, lo encontrábamos bonito o lo hacíamos. Nuestras ilusiones eran grandes y por todo. Nuestros deseos simples. Nuestro mundo el mejor. ¿Éramos felices? No nos hacía falta, nuestras ideas eran transparentes y hacíamos juego de todo y con todo el que quisiera contribuir con su fantasía particular. Había un parque para nosotros solos, un guarda a quien sólo nosotros hacíamos rabiar; los jardines y el fruto verde era nuestro, también los gritos de las señoras o los ladridos de un perro. Éramos felices. Todo lo podíamos, las más absurdas ideas pertenecían a nuestra imaginación. ¿Nos queríamos? Habíamos superado las reglas del normal compañerismo. Unidos por el afán de juego. Regañábamos, muchas veces lo hicimos, pero creo que formaba parte de nuestra sociedad. Eso era todo: juego y armonía feliz. Teníamos un mundo nuestro; compañeros desde el colegio. Creíamos en algo, en muchas cosas, en nosotros mismos; íbamos a ser grandes, capaces de grandes cosas.

Cuando ese mundo amenazaba perderse, se agarró a la música. Casi de seguido se abrazó a ella y a ella confió su persona. Y fue perdiendo creencias e ideas, encerrándose en sí mismo. Empezó a sentirse solo y agobiado por todo cuanto le rodeaba y no despertaba especial atención.

Nos veíamos cada vez menos. Cada vez me miraba con más desconfianza pero siempre con cariño por lo que representaba. Le iba viendo vaciarse, tirar todo lo que representara un peso, y dejar flotando los recuerdos en su mente para alimentar la nostalgia. No le importaban mis cosas ni mis sentimientos; pero le gustaba estar a mi lado.

2

Hace algún tiempo había empezado a gustarle la música, o hace mucho tiempo o es de siempre. Al principio era la curiosidad tan sólo, después el interés dio paso a una absorción total. Parecía ser su vida: temblaba, soñaba, necesitaba de la música.

El pelo llimpo, recostado en los hombros. Delgado, un poco largo.

Cara blanca ornada con dos ojos brillantes.

Conoció a María en un recital. Él fue solo. Delante del piano no atendía a nada, creo que tampoco veía nada. No se movía, tan siquiera para seguir levemente el ritmo. Los ojos muy abiertos, muy quieto y mirando a nada. Algo se le movía dentro.

Se le sentó al lado. Miró un momento la graciosa figura: tan delgada, tan quieta. El bolso mal colocado cayó estropeando el silencio y la atención imperantes. El no se movía, no se movió hasta que la música fue perdiéndose y dejó de ondear por la sala y durante un momento hubo un ronroneo crítico. Se relajó, estiró las piernas como pudo y se apoyó en el respaldo hasta ahora distante.

Encendió un cigarro y él le dio fuego. Fue entonces cuando la vio: suave, un poco alta pero no más que él; las piernas largas y moldeadas con delicadeza. La falda corta, el jersey ajustado y corto. Pelo largo, liso y castaño. De la cara eran los ojos quienes acaparaban toda la atención: grandes, lejanos, y su mirada nostálgica. Y una leve y natural sonrisa.

Le dio fuego...

—Gracias. Una palabra tan simple, tan vacía; que le hizo ver sus dientes blancos y sentir su sonrisa más pronunciada.

—¿Te gusta? Algo tenía que decir. No podía perder ocasión de ver sus labios ondularse, de sus dientes blancos y brillantes, de sentir su palabra.

—Me gusta el ritmo. Tienen mucho ritmo...

El ritmo, sólo le gusta el ritmo... Una sombra de desilusión pasó por su mente. El ritmo... ¿Qué importaba, realmente qué le importaba el juicio de una persona ocasional? ¿Qué importaba cualquier opinión que no fuera la suya? A él, que sabía ver las sombras ocultas tras de cada nota, cada suave ondulación del volumen. No, no tenía valor esa opinión.

Es bonita, y parece simpática. Fue todo su juicio. Empezó de nuevo la música, de nuevo la absorción total.

El no aplaudió, no aplaudía nunca. Se quedaba muy quieto, oyendo las palmadas, mirando al escenario; reviviendo, soñando, pensando en música. No se resignaba nunca, aunque un tiempo corto, a perder la música. Volvían a pasar por su mente los compases más significativos, una y otra vez.

Recitales, conciertos, discos. Montones de discos que llenaban desordenadamente la habitación. Cerrado, sólo en el cuarto, escuchaba lo que su corazón sabía de memoria.

Salió, sin prisa, el último. Fuera estaba la noche.

### 3

Los miembros rígidos de la noche. Solo entre la fría soledad de la noche. Vestido de sombra entre las sombras. Aceptado por el silencio, por la rigidez de los miembros de la noche en silencio. Romper el silencio con un sueño, con un deseo. Sueño y deseo habitantes de la noche. Correr, correr con el ímpetu del deseo, con el ritmo del sueño. Sentir la fantasía en la carrera. La inconsciencia de las aves; el guiño de un socavón. Estorban las luces que escupen a la cabeza: estorban los coches que a intervalos rugen porque no son del sueño; les parece demasiado, no puede ocu-

rrir que la soledad regale sueños. Nadie que no la sienta puede saberlo: sentirse amado, mejor que en el día; ver claro el sueño, palparlo, vivirlo: ser.

Es el sueño que incita a la carrera, es la embriaguez de velocidad en el sueño. Pararse, de pronto sentir más despacio la caricia del deseo. Ser más despacio sujeto y juez del sueño.

Era siempre largo el andar. La noche estaba sola; la calle era noche. Los faroles invitan a respetar las sombras. Esa música metida entre carne y hueso... El paso obedece sólo el ritmo del deseo. Estaba sola la noche, él estaba solo: largo camino de soledad compartida.

Justo antes de cambiar la calle y tomar la propia, mirar la puerta y sacar la llave; justo un poco antes, el cansancio. ¿El sueño obligado, el descanso? Es que mañana es igual que hoy, es que no tengo prisa de mañana. Es que la esperanza, si no está en el sueño... El descanso no da garantía, no da más que cansancio.

No quiero dejar la cama. Cárcel de hilo blanco es mi cama. El guarda es el día que me mira con sus grandes ojos de sol y me invita a salir con una sonrisa plena de luz. Pero me da miedo, sé que engaña, que ese sol esconde muchas sombras que harán sentirme triste. Muchas cosas esconde que me hacen daño. No quiero dejar la cama, cárcel voluntaria. Estado de inercia. Un miedo, en fin, al día.

4

¿Recuerda? Ibas con Alberto. Ella estaba en el vestíbulo, te miró extrañada, como a un amigo que no se ve hace tiempo. No la viste al principio y fue Alberto quien te la señaló. Te acercaste con la confianza y la ayuda de no ir solo. Era la muchacha del ritmo y se llamaba Marta. Sonreíste...

—No entiendo qué haces aquí...

—¿Por qué?

—Pues, porque no creo que encuentres el ritmo que tanto te gusta en Tchaikovsky. Es más, creo que es triste.

—Bueno, también me gusta la música clásica.

—¿También? ¿Y qué ves de especial?

—Por supuesto no el ritmo. Soy algo nostálgica y me gusta la tristeza la suavidad de esta música.

Te sorprendió. Sí, tú creías tener la primacía de la nostalgia, gozar tú solo con esa pobre vieja... Pero, claro, estabas con Alberto y podías incluso ser impertinente.

—¿Y no vendrás a lucir el tipo?

—¡Muy gracioso!

—No tienes pinta de gustarte esta música. ¿Te duermes?

—No. aunque en algunos momentos me aburre, en general lo encuentro bonito.

Después, no mucho tiempo, lo pensaste; te sentiste avergonzado de tu soledad y de como, del brazo de un amigo heriste la suavidad de Marta. Recordaste a Marta: tu encuentro, el amor ocasional y simplemente físico. Escribiste con mezcla de tristeza y de odio unos versos y los guar-

daste con vergüenza. Desde tu altura desesperada... Poema de adiós, no sólo a Marta, sino a tí mismo, al que durmió en sus brazos la suavidad de una tarde con Marta.

5

Quedó con ella. En una cafetería la esperó desde media hora antes; sin pensar en ella y con aspecto divertido. Entró sin él darse cuenta...

—¡Hola!

—Hola...

—¿Has esperado mucho?

—No, acabo de llegar.

—Bien, ¿qué quieres que hagamos? Te advierto que no me apetece hablar. ¿Al cine?

—No, es un poco tarde y no encontraríamos entradas.

—Pues no sé... podemos ir a bailar.

—De acuerdo. ¿Quieres tomar algo?

—No, mejor nos vamos enseguida.

El camarero dejó los vasos en la mesa. No estaba muy lleno.

—Nunca había estado aquí.

—¿Te gusta?

—Sí, está bien. ¿Vienes mucho?

—Es la segunda vez, ya te dije que apenas salía y menos para venir a estos sitios.

—¿Es que no te gusta bailar?

—Sí, pero apenas lo hago, solo en algunas fiestas, nochevieja y tal...

—Yo odio las fiestas caseras.

—A veces se pasa bien...

—Pues yo no. Se hace mucho el indio.

Durante el silencio que siguió se quedaron mirando a la pista: las parejas se unían aparentando ternura, los labios, sin borrarse las sonrisas, se juntaban; otros se hablaban al oído y reían. Algunos parecían quererse, por el brillo de sus ojos.

—¿Bailamos?

—Para eso hemos venido.

Hablaron, sin fijarse de qué. La sordera de Beethoven, la amistad, la educación e incluso del amor. Sin matizar en nada.

Quitó los brazos un momento para limpiar el sudor de sus manos. Al colocarlas de nuevo avanzó un poco más en su abrazo. Ella le ayudó acercándose. Ahora su boca estaba junto a la de ella. Puso los brazos tras de su cuello. Las palabras se fueron perdiendo hasta no ser nada...

Tan cerca... Solo hacía falta un movimiento leve para que sus labios se juntaran. Tan cerca, y en sus brazos...

6

Odio a la gente. Puede que porque no la conozco, pero no lo intento; no estoy dispuesto a descubrir lo que mi odio imagina. Falsedad: el hombre, ese animal tímido y valioso, escondido muy lejos con vergüenza, encarcelado por esas fórmulas tan viejas y tan de hoy, esas miradas comu-

nes, esos ademanes sin ningún fin. Fórmulas que ya el niño, en su inocencia, usa para con quien más quiere. Odio a la gente, a los hombres que son gente; las fingidas personalidades y los desvíos fingidos, su constante ir y venir mecánico. Y yo soy gente. A veces, cuando pienso en las máquinas que los hombres, creyéndose seguros y superiores, han hecho para ahorrarse el trabajo siempre molesto y rudo de ser animales, intento ver algún valor en esos gestos, en esas caras de cera y en esas vacías pasiones. Desemboco en mí y en este cuerpo mío que tiembla con las emociones más débiles. ¡Qué tonto eres! ¿Porqué no te sumas, porque eres tímido y sensible? ¡Eres hombre! Te rodean hombres que como tú caminan y creen avanzar. No puedo, ellos pisan fuerte porque se creen seguros y yo siempre miro con cuidado mi futura huella, con miedo y muchas veces con vergüenza. No puedo seguirles. También les quiero, y sólo porque el amor es paralelo al odio. Porque me sirven y acompañan, me odian o me aman o les soy indiferente, porque estoy enterrado con ellos y con ellos seré lo que pueda mi fuerza. Porque están a mi lado les amo y les odio. Puede que alguno comprenda y me acompañe.

7

Estábais los dos en silencio. Tu pensabas, ella miraba a la gente.

—Este...

Te miró, volviéndose de repente, como sabiendo lo que ibas a decir.

—Pues... bueno, llevamos un mes saliendo juntos y creo... en fin, creo que nos falta algo, y es importante...

—¿El qué?

Callaste. En un tiempo pensaste en ese tiempo: era bastante absurdo, pero lo necesitabas; era un vacío, pero llevado con ternura y puede que con amor. Tú lo necesitabas, como necesitabas lo que ibas a pedirle.

—Es que quiero acostarme contigo...

Y te quedaste muy quieto, sin respiración, igual que un susto producido por una explosión.

—Claro, es lógico.

Respiraste muy hondo. Una mirada y una sonrisa, así de simple.

“Caen los párpados  
donde gravita  
la esperanza.  
Labios mojados,  
atrapados  
en un corto  
silabario.  
Ruido de labios,  
ruido de besos.  
Silencio...

Amanecer:  
caen levemente  
besos mojados,  
recogidos  
por el día.

Ruido de pasos.  
Cae suavemente  
un adiós...”

Así dibujaste el encuentro. Esa misma noche te apresuraste a guardar un recuerdo, como tantos otros que caben en tu cuaderno, como tantos que forman un solo poema.

¿Poeta? ¿Qué es poeta? No hay poeta, es soledad. Algunos versos, palabras con lazo estrecho, tímidamente, tristemente unidas. Soledad en un papel, un trocito de su extraña realidad. Como clasificar la soledad por la medida de un verso y dejarlo allí, muy quieto, mirándote; como con vida. Pisan tierra en algún momento, pero sin quererlo. Son el amigo esos poemas.

8

La soledad no debe entrar. En este cuarto solo cabemos ella y yo. Que espere fuera.

Casi sin luz, tan sólo para ver tímidamente y con vergüenza el cuerpo estrecho que se iba dando a conocer muy poco a poco. Los dos recostados, esperando la primera palabra, el primer roce, muy quietos. Sería el silencio el primero en hablar. ¿Qué decir? Nada que pueda adornar el encuentro, mejor callar. Es el silencio que acaricia las mentes quien da su apoyo... Marta se ha vuelto, mira con ojos extraños; querría abarcar lo que en cierra esa cabeza, esos ojos, esa tristeza. El muerde el silencio; la ve tan cerca... Respiran a la vez, los dos en uno: ese cuerpo es mío, se ha abierto para mí, me mira y yo lo exploro, busco el don de la suave mirada.

Marta de lado hacia mí. Él de lado hacia Marta. Tan bonita entre las sábanas que tanto calor dan. Pegado a la mujer; la mujer le da permiso con un escalofrío. Todo en silencio. Hablan las manos y los párpados caen como queriendo cerrarse al tiempo. No hay tiempo, ningún gesto tiene medida. Todo es uno, todo es acto. Rabia por matar esa monotonía de tanto tiempo, de tan vacío tiempo. Hombre y mujer en juego, en silencio. Muerte a los golpes normales del corazón, nuevos golpes de rabia. ¿Tendrá ella sus golpes? ¿Cobijará la rabia del deseo hecho acto? No hay deseo, es acto; no hay rabia, es momento. Sólo el momento cuenta.

No la miro, no me atrevo. Sólo el techo, la lámpara... No veo el techo, ni tampoco la lámpara; sólo miro... Me veo convertido, elevado; coronado por algo nuevo, azotado por algo nuevo. Estoy cansado.

¿Y ella? No, no me atrevo a mirarla. ¿Mirará el techo? ¿Se verá? Mira dentro, al lugar de los golpes del deseo, de la felicidad del instante; se siente huida, muerta para nacer, viva para ser. Está cansada.

Marta a mi lado pensativa, juez. ¿Qué se puede juzgar en este momento? Es la meta del deseo. El reloj no dice horas, no hay tiempo; es el momento aislado, sin medida.

¿La realidad? La otra cara de la sábana, la otra cara es miedo ¿Y mi tiempo? La soledad su muerde las uñas, sola, en un rincón oscuro. No la veo, no la siento; en este momento sin tiempo no sé que existe.

Marta a mi lado; me mira con ojos inmensos, con mirada extensa de ver todo en mí. Claro, es el momento; después... Duerme Marta, duerme

para ser: sueña; duerme para mí. Existe en el sueño a mi lado. Como mi sombra, como tu sombra...

9

No tengo a nadie para estar triste a sus ojos. A la gente le son indiferentes mi sonrisa y mi tristeza. Mis ojos solo encuentran su muro vacío, su decir fácil y su indiferencia. Amigo mío, estoy cansado. Solo pido algo que me toque directamente, algo directamente mío, para sentirme a mi mismo cuando lo contemple. Ser triste o gracioso o brutal, pero ser con alguien y para alguien sentir los agujijones de la realidad. Acudo a ti porque eres mi infancia, y aunque es felicidad ya pasada, perdura con fuerza en el recuerdo porque es la mejor de mis vidas, el tiempo más decente aprovechado. En honor a la infancia me refugio en tí, mi amigo de siempre. Para siempre es ese grato recuerdo que ambos compartimos. Recíbeme.

No podría decir por qué, mucho menos explicarlo; acabó, eso es todo. No creo que ninguno se sintiera seguro en este tiempo; lo sabían, sabían que jugaban a esconderse uno en el otro, la soledad de uno en la del otro. La soledad... Siempre se habla de la soledad como un concepto único: única medida, únicas razones; y no es una, en cada persona toma carácter y personalidad propias. No eran iguales las soledades. Él, mi amigo de siempre, había moldeado un mundo elevado, flotante, con miedo a la altura y a la caída; con orgullo, pues estar en una nube debe ser importante, hasta se hacen versos y se ríe la gente. La nostalgia, la música, poemas, el armario de manías; y en todo una mezcla de orgullo y de cansancio, de odio y de soledad. Siempre odió a la gente; Marta era un trozo de gente: sola, y por no tener nube se acomodaba en las rendijas de la muchedumbre.

No me contó detalles; supe del poema y del adiós tan sólo. Mi querido amigo de siempre, otra vez solo; vuelves al lado de tu infancia, a mi lado. ¿Qué puedo decirte? Ni siquiera sé lo que esconde esa tristeza o esa sonrisa o ese poema; tan sólo sé que eres mi amigo, el amigo de siempre.

